

NÚMERO 135 — TOMO VIII

9 DE FEBRERO DE 1926

Reproducción

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Trejos Hnos.

78551

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Carjetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 135 * 9 de Febrero de 1926 * Tomo VIII

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Viejos y jóvenes

por M. B. STEWART (1)

Efectuábase la otra noche en el club el acostumbrado baile semanal. Había la concurrencia de costumbre; los jóvenes bailaban y los miembros de edad madura los veían bailar, entregándose al blando pasatiempo, propio de esa edad, de analizar a la generación que se levanta.

Habían catalogado los defectos y debilidades de esta última, obteniendo como total una suma considerable. Como de costumbre, terminaron por preguntarse qué iba a ser del mundo; y dos de ellos se dirigieron a mí solicitando mi opinión acerca de los jóvenes. Qué me parecía, por ejemplo,

(1) Militar y hombre de letras, nacido en Virginia, en 1875.

la manera como estaba conduciéndose Millie Jones. La madre de Millie se encontraba presente; y como la conducta de Millie estaba a la vista de todo el mundo, no acertaba yo a comprender cómo podía ser pertinente mi opinión. En realidad, Millie estaba ofreciendo una ilustración casi perfecta de lo que se llama «mejilla con mejilla» al bailar con un guapo muchacho, el cual parecía no cuidarse en lo mínimo de la opinión de los demás.

Contesté que me parecía que estaban divirtiéndose y que no veía el daño que podía provenir de ello, a no ser, probablemente, para los afeites del rostro de Millie.

Aparentemente mi respuesta no causó muy buena impresión, pues los circunstancias quisieron que les dijera al punto qué diría yo si viera a una hija mía haciendo eso; y menos buena impresión causé todavía cuando repliqué que si yo tuviera una hija y se mostrara inclinada a hacer semejantes cosas, preferiría que las hiciera en público y no que fuera a hacerlas donde nadie la viera, al modo como solíamos hacerlas nosotros cuando éramos mozos.

Con esto me quedé fuera del pali-que. La verdad es que me dieron a entender que si me habían dirigido la palabra era por pura cortesía, pues mi opinión no les importaba un bledo. Por supuesto que yo tenía pensado explicar mis palabras, pero no tuve oportunidad ni tiempo de hacerlo; y me parece que tengo que escribir lo que opino sobre la materia, si es que no quiero que se me pudra adentro.

¿Creo yo que la generación que se levanta va camino de una caída? Claro que sí. No puede evitarlo. Cada uno de esos jóvenes va a incurrir en errores y pifias que lamentará más tarde; va a recibir golpes, una y otra vez, en la atolondrada mollera; va a abrigar todo linaje de ideas disparatadas; va a realizar toda suerte de actos absurdos; va a experimentar una multitud de acerbos desengaños y no pocas pesadumbres.

Pero ¿quiero decir con esto que van a condenarse individual y colectivamente; que marchan a su perdición y a la ruina de lo que nos complace-
mos en llamar sociedad? De ninguna manera.

Si no estáis conformes con lo que digo, tratad de recordar la época confusa y lejana de vuestra juventud. Haced el inventario de lo que erais veinticinco o treinta años ha, y decidme cuáles son las locuras que los jóvenes de hoy día piensan y hacen que no aparecen en la lista personal y privada de vuestra propia vida y milagros. (1) Y ¿hemos causado nosotros la ruina de la sociedad?

Sed sinceros ahora y no vayáis a salir diciendo que no recordáis. Si vosotros no recordáis, yo sí recuerdo. Recuerdo con mucha claridad la actitud de los viejos para con nosotros los mozos y la impresión que esa actitud me causaba a veces, como si hubiera prescindido de todas las conveniencias, como si todo mi ser moral hubiera sido condenado y desechado por indigno y frívolo.

Pero, después de todo, se trata simplemente de una cuestión de convenciones, y ¿qué son las convenciones?

(1) Por mi parte, yo, que soy más viejo que el Autor, he hecho mi inventario, y declaro que los jóvenes de hoy me parecen mucho mejores que los de mi tiempo.—E. J. R.

¿No son las convenciones en la vida y en la sociedad lo mismo que en ciertos juegos de naipes, difíciles de comprender hasta que uno se acostumbra a ellas, y luégo tan sencillas como el abecé? Además, en los juegos de naipes ¿no es una combinación convenida de cartas tan buena como otra, siempre que las personas que están jugando las comprendan?

A lo sumo las convenciones son sencillamente fruto de los tiempos, las circunstancias, la moral, la religión, la política y otra multitud de factores que contribuyen a determinar nuestro punto de vista. Según que cambia el punto de vista, cambian las convenciones; y puesto que es la cosa más natural del mundo que cada generación adopte su propio punto de vista, es asimismo natural que cada generación adopte sus propias convenciones.

Y según mi opinión, es una gran fortuna que así lo haga, ya que de otro modo el mundo retrocedería a los tiempos bárbaros, sin progreso de ninguna clase y con la civilización estacionaria. Cuando yo era mozo solían aconsejarnos a los mozos que tratáran-

mos de ser cuando hombres tan buenos como lo habían sido nuestros padres, y se consideraba eso, al parecer, como el límite de la ambición natural de todo mancebo. Mas yo, por mi parte, no le diría a ningún joven nada parecido. Le diría, por el contrario, que si al hacerse hombre no es mucho mejor de lo que fué su padre, lo consideraré como fracasado o por lo menos como inferior a la suerte que le tocó. De otro modo ¿cuál es el fin de la vida y qué lugar ocupa en ella el progreso? Cada generación disfruta de los beneficios de que disfrutaron todas las demás generaciones pasadas y de muchos más. ¿Por qué no esperar que dé un tipo superior de hombre? Y el mismo principio se aplica a las jóvenes. Sus madres fueron todo cuanto la generación a que pertenecían les permitió ser y talvez un poco más; pero así como el prescindir de los trajes de cola y de los corsés ha permitido a la generación actual de jóvenes llevar una vida física más amplia y más libre, asimismo el prescindir de una multitud de faralaes tenía que permitirles llevar una vida intelectual y

moral también más amplia y más libre.

A mi entender así es como debe ser. A cada generación le incumbe determinar su propio paso. No hay razón alguna para que una generación prescindiera de automóviles, luz eléctrica, baños de ducha fríos y calientes, precisamente porque una generación anterior tuvo que viajar en calesa, leer a la luz de un quinqué y calentar el agua del baño del sábado por la noche en la estufa de la cocina.

Si este mundo va a justificar alguna vez su propia existencia, tiene que justificarla marchando hacia adelante, y son los jóvenes los encargados de hacer que siga andando. Siendo esto así, tienen perfecto derecho a cumplir este cometido como les plazca. En realidad están muy cerca de ser socios en el mundo de hoy. Mañana serán socios activos de la empresa, y no pasará mucho tiempo antes de que la estén manejando ellos por su cuenta. ¿Por qué no han de tomar parte en la determinación de las reglas del negocio?

Admito que esto quizás les cause sorpresa a algunos jóvenes, pues no están acostumbrados a oír palabras

como éstas en boca de personas mayores; y admito también que esto no es tan fácil de decir como a primera vista parece. Es duro para nosotros los mayores hacer concesiones a los jóvenes, duro unirnos a ellos, por decirlo así; y antes por el contrario parece como si viviéramos eludiéndonos los unos a los otros, cuando sería provechoso para todos marchar juntos. Con todo, quizás es igualmente bueno que no podamos proceder y que no procedamos así. Hay que pesar el pro y el contra. *Por muchos años he sostenido que si el joven del tipo corriente consintiera en aprovechar la experiencia del hombre maduro del mismo tipo, ese joven se convertiría en poco tiempo en un super-hombre; pero ahora principio a vacilar en esa creencia.* (1) Por mucho que me desagrade confesarlo, empiezo a creer que eso no daría buenos resultados más que en un solo sentido.

(1) Esta vacilación no la comprendo. ¿En qué puede dañar a un joven el aprovecharse de la experiencia de un hombre maduro y de su mismo tipo? ¿Qué es instruir? ¿qué es la ciencia de cada uno si no es la experiencia de los demás sumada a la experiencia personal? ¿Acaso la ciencia no aumenta el vigor de la juventud?—E. J. R.

No cabe duda de que la edad nos hace conservadores. Después de habernos quemado unas cuantas veces en la llama de la experiencia, nos apartamos instintivamente de ella. Nuestras opiniones adquieren un decidido matiz conservador, y el espíritu conservador no se compadece con el espíritu de progreso, pues el progreso tiene que aventurarse de vez en cuando a correr los riesgos del azar. Así pues, es probablemente cosa providencial que los jóvenes corran al encuentro de la vida del mismo modo que hacia una piscina de natación, arrojando lejos de sí sus vestidos a medida que avanzan y lanzándose luego al agua de cabeza. Lo probable es que el hombre machucho proceda con más calma, se pregunte si el agua está fría, cuán honda es, si hay rocas o estacas en el fondo, que luego se ponga a deliberar sobre si tiene o no aspecto cenagoso, y, finalmente, si resuelve meterse en el agua, se meta poco a poco y con cautela.

Así pues, barrunto que los jóvenes hacen bien en atenerse a su propio dictamen. Entre otras cosas, se me

ocurre que contribuiría mucho a moderar la rapidez con que se hacen los matrimonios si los jóvenes consultaran a sus padres antes de casarse, pues aún no he conocido a un solo padre que no crea que su hijo debería gozar de mejor posición antes de dar semejante paso y jamás he conocido a un padre ni a una madre de veras que no crea que su hija cometió una equivocación al casarse con el hombre que es su marido.

Pero hay muchas personas que no piensan como yo. Distan mucho de tener los ideales actuales, y el abismo que separa a lo pasado de lo futuro es demasiado ancho para que ellas puedan salvarlo con seguridad. Los bailes modernos vinieron pisándoles los talones al minué, tanto que las personas de esa clase no pudieron acostumbrarse a ellos. Recuerdo la época en que el mundo nos tenía por unos desenfrenados porque bailábamos el *two-step*, y supongo que la gente pensó lo mismo de mi padre cuando prescindió de las contradanzas y cuadrillas en favor del vals. Hace veinticinco años habría sobreenvenido un motín y un escándalo de

marca mayor si las muchachas hubieran aparecido en las calles vestidas como visten ahora. La simple mención de las piernas era cosa prohibida en esos días, y la joven que se quitaba el corsé, a no ser para bañarse o para acostarse, era tenida como poco púdica, por decir lo menos. Lo cual concurre a demostrar que todo depende del punto de vista.

Puede ser que me equivoque, pero a mi modo de ver NO SON LAS COSAS QUE HACEMOS EN PÚBLICO LAS QUE HAN MENESTER CIERTAS REGLAS EN RESGUARDO DE LA SEGURIDAD Y DE LA MORAL PÚBLICA, SINO MÁS BIEN LAS COSAS QUE HACEMOS EN PRIVADO.

No: no hallo nada que censurar a los jóvenes. Por el contrario, les tengo mucha envidia. Les envidio su juventud, su salud, su energía, la facilidad que tienen para hacer las cosas, sus ilimitadas perspectivas, su entusiasmo, el ardor con que anhelan apoderarse de la vida, romperla en pedazos y rehacerla después en mejor forma. Les envidio su independendencia y su presuntuosa certidumbre. Sí, los envidio y desde el fondo de mi corazón deseo

su bien. Cuando los veo que emprenden brava y alegremente el trillado camino de la vida, el único sentimiento que me embarga, además de la envidia, es de pesadumbre honda y persistente, pesadumbre por no poder prestarles ayuda en algunos de los malos pasos, apartarlos de algunos de los tropiezos ocultos a sus ojos inexpertos, ampararlos de algunas de las tormentas que encontrarán en el camino, ahorrarles los desencantos que estoy seguro les tiene reservados la vida.

Pero ellos no comprenden esto. No quieren ayuda alguna; y esto es lo más triste para mí: tener que quedarme aparte, impotente y solo, sin que pueda hacer otra cosa que velar y esperar.

(De *Inter-América*)

De política mayor y menor

por OMAR DENGO

Confío en que la amabilidad de *La Tribuna* me permitirá agregar a las declaraciones que en estos días publiqué, algunos comentarios referentes a política más o menos militante. Confío en que el lector los excusará. No me propongo sino dar respuesta a preguntas implícitamente contenidas en algunos rumores, o en gratas curiosidades de amigos.

No soy un creyente de la política. Estoy tan lejos de ahí, como de Mahoma. Si fuera posible realizar una política superior, en ella pondría devociones. Pero creo que de participar en la mezquina política que nos rodea, debemos tratar de hacerlo con nobleza.

Antes de leer en *Le Politique* a Barthou, había leído a La Bruyère; y permítase el alarde, en horas de mocedad había leído a Maquiavelo. Y lo que es peor, a Lord Hamilton.

Pero sin necesidad de leer todo eso, soy ciudadano costarricense y he te-

nido oportunidad de apreciar la significación de la política. Más de una vez he estado a punto de asfixiarme entre sus farsas.

No soy siquiera devoto, en realidad, de nuestras maneras de hacer gobierno, dentro de las cuales tanto predominio conquista, trasgrediendo conveniencias nacionales, la mediocrización de todos los valores.

La democracia misma, considerada en sí y en su estado actual, me inspira menos confianza cada vez, muy a mi pesar. Sobre todo, después de ataques que juzgo formidables, como el de Henry Adams, por ejemplo. Sin contar los mil clamores de inconformidad que irrumpen del mundo.

A veces me inclino hacia la creencia, con vista de los casos de Rusia y de Italia, de que lo más importante no reside en que gobiernen las mayorías, ni tampoco en que gobiernen las minorías, sino en que funcione *una organización capaz de realizar ideales de justicia*. (1) Puede ser que se entienda

(1) Destáquese bien este concepto. La justicia es la condición de la libertad. Y la libertad es la condición de la patria.—E. J. R

que tal encarecimiento de la justicia propende a desvalorar el concepto de libertad; pero en el fondo tiende, al contrario, a confirmarlo, aunque traduciéndolo a un plano más elevado quizás. Es claro que tal creencia, que no entraña novedad, no atina a excluir los problemas relativos a medios de obtener y vitalizar aquella organización; ni los concernientes a la forma mejor de las que ella pudiera asumir. Como tampoco quedan excluidos, ni menos por solución, otros fundamentales problemas.

Confío poco en instituciones. Confío más en los hombres. No creo, desde luego, en la posibilidad de gobiernos ideales. Creo en los gobiernos mejores que otros, vale decir, en los gobiernos aceptables.

No consigo deslindar el gobierno del medio en que actúa, como no consigo aislar a éste del *habitat*, ni de su raza y tradición histórica. Cuando mil y mil y mil ciudadanos miran las funciones públicas como oportunidades de tráfico codicioso, bien les va a los gobiernos mejores si logran sustraerse

siquiera un poco a la presión de ese ambiente de piratería.

Creo que Sarmiento representó un ideal, sobre todo por comparación con otros gobiernos de su admirable país; pero creo que Rosas representó, a su modo, dolorosas necesidades sociales. No obstante, no me hago la ilusión de que sea siempre forzoso que las opiniones de hombres o grupos representen necesidades sociales.

La doctrina de los Simmel y otros preconizadores de *élites*, me atrevería a glosarla con esta apostilla: «a veces».

Sin embargo, me atrae la tesis de que hay circunstancias, cuyo *substratum* en realidad ignoramos, en medio de las cuales la historia se esquematiza como obra providencial, según es sabido que pensaron altos espíritus. Y en cuanto a esto, fácilmente creería en una probable conciliación del idealismo de los Gentili, Casotti, etc., y del criterio de la sociología marxista.

Tengo fe en los ideales. Pero no desconozco la función de los intereses meramente prácticos. Wilson jugó su papel. Clemenceau ha jugado el suyo. Se cuenta de Lloyd George que con

su ironía inglesa, comparaba al primero con Cristo y al segundo con Napoleón. Esto nos sugiere que lo deseable sería llegar a Cristo sin pasar por Napoleón. Pero a veces es imperativo, para hombres y pueblos, pasar por ahí. Mas, si dogmatizamos, o generalizamos con exceso y establecemos que aquél es el único, o siquiera el mejor camino, entonces entramos en la sombría conducta jesuítica. Y dentro de ésta perdemos por vivir las causas del vivir,—para recordar al poeta. Entiendo que el sentimiento trágico de la vida consiste, en mucho, en confundir fines y medios.

Insistiría en que la empresa de Wilson entraña una suprema lección. A medida que discurre el tiempo, es más visible que la actitud de aquel grande hombre tenía fuer-

te y arraigo en verdaderos ideales, en contraste, así con la obra estrecha de los simples hombres de Estado. El era apos-tólico; aunque quizás sería preferible decir que él era un verdadero hombre de Estado, por oposición a los que sólo son *leaders* políticos, brillantes, pero fugaces.

Wilson demuestra, una vez más, que el mundo no puede carecer de los valores, de los poderes morales, por más que parezcan prevalecer los más bajos móviles de acción.

Todas las fuerzas, las grandes fuerzas materiales—oro y acero—hubo un momento en el cual, como bestias amaestradas, estuvieron sujetas a la voluntad, iluminada de ensueño, del idealista.

He de añadir que prefiero los hombres de Estado a los simples políticos. En Costa Rica incurrimos en frecuente confusión a ese propósito, sin duda por escasez de los unos y abundancia—ya parasitaria—de los otros. En los primeros, cuando menos hay respeto por principios y visión de problemas de gobierno. En los segundos, o nada hay de eso, o, lo que es quizás más grave, hay una simulada y acomodaticia visión de principios. Es más peligroso el político disfrazado de idealista, que el político sin antifaz. Porque aquél desacredita la función de las ideas.

Dadas todas estas consideraciones, la neutralidad suele tentarme. Pero

ocurre que la neutralidad es inerte. Parece estar en su lugar entre los polos de las herraduras imantadas. No obstante, a veces se puede ser neutral como forma de oposición a lo que se encuentra.

Y luego piensa úno en el dicho de los mayores: nada hacemos con no meternos en política, si ésta se mete con nosotros. A veces se trata de que la montaña viene hacia nosotros. A veces es simplemente que la mascarada nos pasa por la puerta.

De suerte que mientras yo no sea habitante de la Luna, quiera o no, ya de cerca, ya de lejos, alguna preocupación me causan las actividades políticas de mi país, si bien siento una invencible antipatía hacia la mayor parte de los procedimientos que la política emplea. Se diría que en La Celestina están pintados de mano maestra.

Y como no rigen, pues, mis sentimientos, sino los hechos y realidades, procuro conciliar aquéllos y éstos en un emparejamiento decoroso.

Escojo el camino que me parece el mejor dentro de las circunstancias de

cada oportunidad; y hago el esfuerzo de ponerles bridas a egoísmos y vanidades, a fin de apreciar lo que a la comunidad le conviene. No urge recurrir a esfuerzos heroicos. Vanidad y egoísmo escuchan reflexiones cuando éstas les hacen comprender que bastante satisfacción obtienen de nuestro pecar cotidiano. O si acertamos a persuadirlos de que si hubiéramos de satisfacer todos sus apetitos, no terminaríamos nosotros de dar, ni ellos de pedir.

Es algo similar a lo que con los ideales ocurre. Si, conforme a la parábola, la mano no alcanza hasta la rosa, siempre sirve el gesto para señalar hacia el cielo.

A veces nos contentamos con una ingenua satisfacción infantil. Un confite nos mata la ilusión de un juguete.

Importa conservar una posición noble, a todo trance.

Si hay error en el camino elegido, el desinterés, en cambio, atenúa la responsabilidad que el error encierra.

Pero, me dice Ud., amigo, recordando el cuento de la cabrita: ¿y si mientras nos entretenemos en disqui-

siciones, viene el lobo y nos devora?

Ese es, precisamente, el mayor riesgo. Los políticos son fuertes.

Si viene el lobo, es casi seguro que nos devora.

De *La Tribuna*, 26 de enero de 1926.

Espero que el precedente artículo sea del agrado de los lectores habituales de esta revista. Para que así suceda, pienso que bastaría con algebrizarlo no fijándose mucho en los nombres particulares citados: Sarmiento, Gentili, Wilson, etc. — E. J. R.

Miscelánea

Con el estudio se atraviesan los días penosos sin sentir su peso; se elabora el propio destino; se usa noblemente de la vida. Eso es lo que he hecho, eso es lo que haría si tuviese que recomenzar mi camino: tomaría de nuevo el que me ha conducido donde estoy. Ciego ya, sufriendo sin esperanza y sin tregua, yo puedo dar fe de esto sin que mi testimonio sea sospechable. Hay en el mundo algo más valioso que los goces materiales, mejor que la fortuna, preferible a la salud misma: es la consagración a la cultura intelectual.

THIERRY

La seguridad es demanda fundamental de la vida humana. Las costumbres, el gobierno, la religión, la tienen en mira como su propósito principal. Los problemas de la relación de los individuos hacia la comunidad se fundan en gran medida en esta necesidad del individuo. A primera vista puede parecer que la necesidad primordial es la seguridad de la comunidad. Aunque talvez sea imposible formular una distinción absoluta entre el individuo y la sociedad, en último análisis el individuo constituye el centro y todo existe por él y para él. El grupo, usado como concepto central, es una abstracción. El individuo es la realidad concreta, la persona viva. Cuando se sacrifica por la comunidad se sacrifica por otras personas vivas, no por una entidad abstracta. ¿Qué representa la comunidad eliminando a todas las personas vivas?

R. F. SWIFT

La escuela corriente: otra institución inútil; cárceles disfrazadas con el nombre de lugares de instrucción. A mí me

encerraban en una por muchas horas; pero maldito lo que allí aprendí. Por eso no perdí el entendimiento. Si en la escuela hubiese aprendido algo, habría resultado un imbécil, como la mayoría de la gente educada.

J. B. SHAW

«¡Alegría al despertar!..» En efecto, hacía mucho tiempo que había notado yo que, en el momento de despertar, es cuando se produce con más claridad todo lo que tiene de más alegre o triste la vida, y cuando se siente más la ausencia de la alegría; mis pesares de niño, mis pequeños remordimientos, mis ansiedades acerca del porvenir, me eran más crueles en aquel momento, si bien es cierto que se desvanecían bien pronto.

Andando el tiempo, debía ennegrecerse mucho mi despertar. Hoy ha llegado a ser el momento terrible de lucidez espantosa en que veo la vida en toda su realidad, despojada, por decirlo así, de todos los espejismos, agradables aún, que me engañan durante el día; es el momento en que

mejor aprecio la rapidez de los años, el desvanecimiento de todo aquello que pretendo retener en mis manos, la nada final, la inmensa sima de la muerte, abierta ya a pocos pasos de mí, que sólo mi cuerpo puede cegar.

PIERRE LOTI

Minucias del Director

¡QUÉ BELLO PAÍS ES COSTA RICA, PAPÁ!— Salvo la nacional, llamada de *beneficencia*—quizá porque hace más males que bienes—, están prohibidas aquí todas las loterías, y está garantizada aquí la libertad de sufragio. Pues bien, el Presidente de la República, es decir, el representante de las fuerzas burocráticas y militares, celebra con candor los golpes del juego y el triunfo del Gobierno en las últimas elecciones para diputados y municipales. En un banquete de futbolistas, exclama el señor Presidente, Licdo. don Ricardo Jiménez Oriamuno:

«El mes de diciembre ha sido de suerte para Costa Rica. Además de la victoria obtenida en Guatemala por el equipo de la Gimnástica, nos tocó el tercer premio de la lotería de España, el tercero de Panamá, el primero de Nicaragua y el primero del Salvador, y hasta el Gobierno tuvo victoria: ganó por suerte las elecciones».

Y adereza su trozo oratorio con la siguiente *boutade comique*, en francés:

«Puedo decir que estoy haciendo pendant con esta bola, calva y blanca como mi cabeza».

(Se refiere a la bola de patear).

¡Que no se le enturbie la suerte a Costa Rica y sigan *haciéndose pendant* la bola que venció a los equipos de afuera y la bola que venció a los partidos políticos independientes!

*
* *

¡CAZANDO MOSCAS!—El Poder Ejecutivo se muestra este año con cara de santurrón. Ya ha dictado dos acuerdos relativos a los *confetti* y otras menudencias de carnaval. Diríase que estas boberías causan daños graves, más

graves que los del alcohol, por ejemplo. Diríase también que, a falta de asuntos de importancia, le sobra tiempo al Gobierno para pensar en las carnavaladas de cuatro contados días del año. ¡Y qué modo de pensar! ¡Como si el principal encanto de un carnaval no estribara en la tolerancia de los pecados veniales, y aun de algunos de los llamados mortales! ¿No habrá ya, pues, en el año, ni un día en que se deje de sentir esa nimia reglamentación policíaca que hace tan cargante a la vida urbana?

*
* *

También es muy curioso el empeño puesto en que los pobres diablos no empleen en adelante medidas que no sean decimales. Los médicos, los ingenieros, los marinos, en una palabra, los entendidos —formados muchos de ellos en las grandes universidades, por cuenta del Estado—, seguirán sirviéndose libremente del sistema métrico que mejor les cuadre: onzas, dracmas, granos, pulgadas, pies, caballos de vapor, etc., etc.

Detrás de todo, en este caso, al igual de muchos otros, asoma la suprema ignorancia del Supremo Gobierno. La simplificación de los cálculos es algo muy importante, pero no es lo más importante en materia de medidas. Por haber desconocido esta verdad, el sistema métrico francés no ha podido generalizarse ni siquiera en Francia, y se ha visto condenado a no aplicarse sino en un estrecho campo de la actividad humana. Hay unidades de medida que nos son impuestas por nuestra propia naturaleza y por la naturaleza de las cosas. Tales unidades subsistirán, con un nombre u otro, pese a quien pesare, y hayan sido o no tomadas en cuenta por el sistema decimal.

Lepra y cabras

Según el *British Medical Journal*, la cabra es el principal agente de transmisión de la lepra.

Hace mucho tiempo que se busca este agente, pues siempre se ha observado que la lepra pasa muy difícilmente de hombre a hombre. De 100 matrimonios en que uno de los cónyuges sea leproso, solamente hay 3 en que el cónyuge sano llegue a contagiarse.

En cambio, la lepra y las cabras andan frecuentemente juntas. Egipto, Arabia, el Asia Menor, la India, eran en otro tiempo centros de cría de cabras y focos de lepra.

En España, en Grecia, en Italia, en Francia, en Dinamarca, en Noruega, en los Estados Unidos, se encuentra que coinciden las curvas representativas de las cantidades de cabras y de leprosos, en diversos tiempos y lugares.

Los que van en automóvil, hasta con la mirada atropellan.

(Mundo Gráfico)

*

La experiencia nos enseña que una *caja de conversión* es un mecanismo económico que da estabilidad al cambio *impidiéndole que baje* de la altura media que había alcanzado en el momento de establecer la caja. Para impedir las subidas del cambio, no se conoce ningún mecanismo semejante.

¿Ha acusado Ud. recibo de esta revista alguna vez durante el semestre pasado?